

curidad y ese momento. No sé si soy capaz de explicarme, pero todos esos días en que prácticamente eres tu cuerpo y nada más..., todos esos días te echan encima una especie de espera de que algo físico tiene que ocurrir, al final. Algo que te recompense. Una distancia colmada, es lo que se me ocurre decir. Usted la colma escribiendo, ¿no?, pero ¿y yo?, ¿y nosotros?, ¿todos los que vayan a ser retratados? ¿Va a enviarlos a casa como me envió a mí, a la misma lejanía del primer día? Bueno, pues no es buena idea.

Echó una ojeada al helado.

—A lo mejor me equivoco, pero lo mismo que he sentido yo lo sentirán los demás.

Le dio un ligero retoque a la crema.

—Un día escribirá usted un retrato para un anciano y no habrá ninguna diferencia: al final ese hombre buscará una forma de tocarle, contra toda lógica y deseo, pero sentirá el deseo de tocarle. Se acercará y le pasará una mano por el pelo, o le apretará con fuerza el brazo, aunque sólo sea eso, pero tendrá necesidad de hacerlo.

Levantó su mirada hacia Jasper Gwyn.

—Bueno, pues deje que lo haga. En cierta manera, se lo debe.

Había llegado al momento en que se puede empezar a mordisquear el cucurucho.

—Es la parte más rica, señaló.

Jasper Gwyn la dejó terminar y luego le preguntó si iba a trabajar para él. Pero con el tono de quien habría podido decir que estaba encantado con ella.

Rebecca pensó que aquel hombre la amaba, lo único que pasaba es que no lo sabía, y nunca lo sabría.

—Claro que trabajaré para usted, dijo. Si promete tener las manos quietas. Bromeo. ¿Me devuelve la Rode o quiere quedársela para leerla?

Jasper Gwyn pareció que iba a decir algo, pero entonces simplemente le devolvió el libro.

Tres semanas después, en algunas revistas cuidadosamente elegidas por Rebecca, apareció un anuncio que tras numerosos intentos y discusiones, Jasper Gwyn había decidido resolver en tres límpidas palabras.

*Escritor realiza retratos.*

Como referencia, no se daba nada más que un apartado de correos.

No va a funcionar, diría la señora del fular impermeable.

Sin embargo, el mundo es extraño, y el anuncio funcionó.

El primer retrato Jasper Gwyn se lo hizo a un hombre de sesenta y tres años que había vendido relojes de anticuario toda su vida. Se había casado tres veces y la última había tenido la buena idea de hacerlo con su primera esposa. Le había pedido únicamente que no sacara el tema nunca más. Ahora había dejado ya de vender relojes de péndulo o con leontina de plata e iba por ahí con un Casio multifunciones que le había comprado a un paquistaní por la calle. Vivía en Brighton, tenía tres hijos. Caminaba todo el tiempo, por el estudio, y ni una sola vez, durante los treinta y cuatro días de permanencia en la nube sonora de David Barber, utilizó la cama. Cuando estaba cansado, se arrellanaba en la butaca. Solía ocurrir que empezaba a hablar, pero en voz baja, para sus adentros. Una de las pocas frases que Jasper Gwyn acabó entendiendo, aunque sin querer, decía así: «Si no te lo crees, lo único que tienes que hacer es

ir a preguntárselo.» El duodécimo día preguntó si podía fumar, pero luego se dio cuenta de que no era oportuno. Jasper Gwyn lo vio cambiar, en el tiempo: diferente la forma de colocar los hombros, y las manos más libres, como si alguien se las hubiera devuelto. Cuando fue el día adecuado para hablar, lo hizo con precisión y con gusto, sentado en el suelo junto a Jasper Gwyn, con las manos colocadas con pudor bien disimulado sobre el sexo. No lo sorprendieron las preguntas, y a la más difícil respondió tras reflexionar largo rato, pero también como si durante años se hubiera preparado las palabras exactas: *Cuando era pequeño y mi madre salía elegante, bellísima, por la noche, dijo. Cuando les daba cuerda a los relojes, por la mañana, en mi tienda, y cada vez que me he ido a dormir, todas las santas veces.*

La última bombilla se apagó estando él echado por el suelo, y en la oscuridad Jasper Gwyn, con cierta contrariedad, lo oyó llorar de una forma muy digna, pero sin pudor. Se le acercó y le dijo Gracias, Mr Trawley. Luego lo ayudó a levantarse. Mr Trawley se apoyó en su brazo y luego con una mano buscó la cara de Jasper Gwyn. Tal vez tenía pensada una caricia, pero lo que le salió fue un abrazo, y por primera vez Jasper Gwyn sintió la piel de un hombre contra la suya.

Mr Trawley recibió su retrato a cambio de quince mil libras y de una declaración en la que se comprometía a guardar la más absoluta reserva, so pena de elevadísimas sanciones pecuniarias. En casa, mientras su esposa estaba fuera, apagó todas las luces salvo una, abrió la carpeta y leyó lentamente las seis hojas que Jasper Gwyn había preparado para él. Al día siguiente le envió una carta dándole las gracias y declarándose plenamente satisfecho. La última línea decía: «No soy capaz de no pensar que si todo

esto hubiera acaecido hace muchos años hoy yo sería un hombre distinto y, en muchos aspectos, mejor.» Sinceramente suyo, Mr Andrew Trawley.

46

El segundo retrato Jasper Gwyn se lo hizo a una mujer de cuarenta años, soltera, que tras haber estudiado arquitectura ahora se divertía trabajando en importación y exportación con la India. Tejidos, artesanía: de vez en cuando, el trabajo de algún artista. Vivía con una amiga italiana, en un *loft* de la periferia de Londres. A Jasper Gwyn le costó un poco convencerla de que no era buena idea tener el móvil encendido y llegar todos los días con retraso. Ella aprendió deprisa, y sin aparente molestia. Era evidente que le gustaba mucho estar desnuda y dejarse mirar. Tenía un cuerpo delgado, como devorado por alguna espera irresuelta, y una piel oscura, con reflejos lustrosos de animal. Iba cargada de pulseras, collares, anillos, que no se quitaba nunca, y que cada día se cambiaba. Jasper Gwyn le preguntó, al cabo de unos diez días, si podía presentarse sin todas esas baratijas encima (no las definió con esos términos) y ella respondió que lo intentaría. Al día siguiente se quedó completamente desnuda, con la excepción de una tobillera de plata. Cuando llegó el día apropiado para hablar no pudo hacerlo sin caminar arriba y abajo, y gesticulando como si las palabras siempre fueran inexactas y necesitaran un despliegue de notas corporales. Jasper Gwyn se atrevió a preguntarle si alguna vez se había enamorado de una mujer y ella dijo Nunca, pero luego añadió ¿Quiere la verdad? Jasper Gwyn dijo que raramente existe una verdad.

La última bombilla se apagó mientras ella la observaba, hipnotizada. En la oscuridad Jasper Gwyn la oyó reír, nerviosamente. Gracias, Miss Croner, ha estado usted impecable, dijo. Ella se vistió. Llevaba, aquel día, solamente un vestidito ligero y un bolsito. Sacó de él un cepillo y se alisó el pelo, que sabía hermoso y que llevaba largo. Luego, en la luz meridiana que a duras penas se filtraba por los postigos de las ventanas, fue hasta Jasper Gwyn y le dijo que había sido una experiencia incomprensible. Estaba tan cerca que Jasper Gwyn podría haber hecho lo que hacía días que deseaba hacer, pero sólo por curiosidad —tocar aquellos reflejos en la piel. Se estaba convenciendo de que no debía hacerlo cuando ella lo besó en los labios, velozmente, y se fue.

Miss Croner recibió su retrato a cambio de quince mil libras y de una declaración en la que se comprometía a guardar la más absoluta reserva, so pena de elevadísimas sanciones pecuniarias. Cuando recibió el retrato lo tuvo sobre la mesa unos cuantos días. Esperó, para leerlo, una mañana en que, al despertarse, se sintió una reina. Las había, de vez en cuando. Al día siguiente llamó a Rebecca y lo mismo hizo, varias veces, durante los días siguientes, hasta que se convenció de que verdaderamente no era posible volver a ver a Jasper Gwyn y hablar un rato con él. No, hasta tomar un aperitivo solamente como dos viejos amigos quedaba descartado. Entonces cogió una hoja de su papel de cartas (papel de arroz, color ámbar) y escribió unas pocas líneas de corrido. La última decía: «Envidio su talento, maestro, su rigor, esas bonitas manos y a su secretaria, verdaderamente deliciosa.» Suya, Elizabeth Croner.

El tercer retrato Jasper Gwyn se lo hizo a una mujer que estaba a punto de cumplir cincuenta años y que le había pedido a su marido un regalo capaz de asombrarla. No había visto ella el anuncio, no había tratado ella con Rebecca, no había elegido ella hacer lo que estaba haciendo. Cuando llegó, el primer día, se mostró escéptica, y no quiso desnudarse por completo. Se quedó con un viso de seda, morado. De joven había trabajado de azafata, porque necesitaba mantenerse y poner cuanta más tierra de por medio entre ella y una familia a la que quería olvidar. A su marido lo había conocido en el trayecto Londres-Dublín. Estaba sentado en el asiento 19D y tenía entonces once años más que ella. Ahora, como sucede a menudo, tenían la misma edad. A partir del tercer día se quitó el viso y un par de días después Jasper Gwyn se convirtió, sin saberlo, en el sexto hombre que la había visto completamente desnuda. Una tarde Jasper Gwyn dejó que se encontrara con todos los postigos de las ventanas abiertos, y ella sintió como un instante de vacilación. Pero luego pareció acostumbrarse y, con el tiempo, llegó a gustarle demorarse delante de los cristales, sin taparse, rozando el cristal con los senos, que tenía cándidos y hermosos. Un día cruzó el patio un chico que iba a coger su bicicleta: ella le sonrió. Unos días después Jasper Gwyn volvió a cerrar los postigos y, en cierto modo, a partir de ese momento ella se rindió al retrato —un rostro distinto, y otro cuerpo. Cuando llegó el día de hablar lo hizo con voz de niña, y pidiéndole a Jasper Gwyn que se sentara a su lado. Cada pregunta parecía cogerla desprevenida, pero cada respuesta era singularmente aguda. Hablaron de temporales, de venganza y de esperas. Ella dijo, en un momento

dado, que le gustaría un mundo sin números, y una vida sin repeticiones.

La última bombilla se apagó mientras ella caminaba, lenta, cantando en voz baja. En la oscuridad, Jasper Gwyn la entrevió proseguir lenta, rozando las paredes. Esperó a que ella estuviera cerca y le dijo Gracias, Mrs Harper, ha sido usted impecable. Ella se detuvo y con voz de niña le preguntó si podía hacer una petición. Haga la prueba, le respondió Jasper Gwyn. Me gustaría que me ayudara a vestirme, dijo ella. Con dulzura, añadió. Jasper Gwyn lo hizo. Es la primera vez que alguien lo hace por mí, dijo ella.

Mrs Harper recibió su retrato a cambio de dieciocho mil libras y de una declaración en la que se comprometía a guardar la más absoluta reserva, so pena de elevadísimas sanciones pecuniarias. Su marido se lo entregó la noche de su cumpleaños, con la mesa dispuesta para ellos dos solos, a la luz de las velas. Había preparado la carpeta con papel dorado y un lazo azul. Ella abrió el regalo y sentada a la mesa, sin decir nada, leyó de corrido las cuatro páginas que Jasper Gwyn había escrito para ella. Cuando terminó, levantó la mirada hacia su marido y por un instante pensó que nada iba a poder impedirles morir juntos, después de haber vivido juntos para siempre. Al día siguiente Rebecca recibió un correo electrónico en el que los señores Harper le daban las gracias por su espléndida oportunidad y le rogaban que le comunicara al señor Gwyn que guardarían celosamente el retrato sin enseñárselo nunca a nadie, porque se había convertido en lo más valioso que les era dado poseer. Sinceramente, Ann y Godfried Harper.

El cuarto retrato Jasper Gwyn se lo hizo a un joven de treinta y dos años que tras haber estudiado economía con espléndidos resultados se había quedado clavado a cinco asignaturas del final y ahora ejercía de pintor, con cierto éxito. A los padres —ambos miembros de la clase media alta londinense— no les había hecho ninguna gracia. Hasta unos años antes había sido un buen nadador, y ahora tenía un físico impreciso, como reflejado en una cuchara. Lo movía lentamente, sin apenas seguridad, de manera que la impresión que daba era la de vivir en un sitio repleto hasta los topes de objetos fragilísimos que sólo a él le era dado percibir. También la luz de sus cuadros —paisajes industriales— parecía ser algo de lo que él estaba al corriente. Hacía ya cierto tiempo que pensaba dedicarse a los retratos, sobre todo de niños, y cuando se hallaba cerca de llegar a comprender por qué le interesaba esa posibilidad se topó por casualidad con el anuncio de Jasper Gwyn. Aquello le pareció una señal. En realidad, lo que esperaba era un encuentro en el que le resultaría posible, largo rato y en la tranquilidad de un estudio, conversar sobre el sentido de retratar a los vivos, de manera que en los primeros días lo desconcertó el silencio que Jasper Gwyn, con firmeza, reclamaba de él y se reservaba para sí mismo. Había empezado a acostumbrarse, y a valorar, esa imposición hasta el punto de tomarla en consideración como una regla que debía adoptar, cuando sucedió algo que le pareció normal pero que de hecho no lo era. Faltaba aproximadamente una hora para las ocho cuando alguien llamó a la puerta. Vio que Jasper Gwyn no daba muestras de haberse dado cuenta. Pero desde fuera empezaron a llamar de nuevo, y siguieron haciéndolo con una molesta insistencia.

Entonces Jasper Gwyn se levantó —estaba sentado en el suelo, apoyado contra la pared, en un rincón que parecía ser su madriguera— y con una expresión de infinita incredulidad en la cara fue hacia la puerta y la abrió.

Estaba allí el muchacho veinteañero con un teléfono móvil en la mano.

—Es para usted, dijo.

Jasper Gwyn iba con el pecho desnudo, con sus habituales pantalones de mecánico. No se lo podía creer. Cogió el móvil.

—Pero, Tom, ¿te has vuelto loco?

Pero desde el otro lado no respondió la voz de Tom. Se oía sólo llorar a una persona, con un llanto muy pequeño.

—¿Diga?

Siguió ese llanto.

—Tom, ¿qué clase de broma es ésta?, ¿quieres parar de una puta vez?

Entonces desde aquel llanto pequeño surgió la voz de Lottie para decir que Tom se había sentido mal. Estaba en el hospital.

—¿En el hospital?

Lottie dijo que las cosas no iban nada bien, luego empezó a llorar de nuevo, y al final dijo que si podía ir corriendo para allá, que se lo pedía por favor. Luego le dijo el nombre del hospital y la dirección, porque era una mujer práctica, siempre lo había sido.

—Espera, dijo Jasper Gwyn.

Volvió a entrar en el estudio y fue a buscar su bloc de notas.

—¿Puedes repetírmelo?, preguntó.

Lottie repitió el nombre y la dirección, y Jasper Gwyn lo escribió en una de aquellas hojitas de color crema.

Mientras veía cómo la tinta azul permanecía sobre el papel anotando el horror de un nombre de hospital y la prosa de una árida dirección, se acordó de hasta qué punto es frágil toda forma de encanto, más allá de cuanto pueda decirse, y qué rapidísima la vida en su rapiña.

Le dijo al joven que tenían que parar. De pronto lo vio ilimitadamente desnudo —y de forma grotescamente inútil.

Y puesto que la naturaleza humana es sorprendentemente mezquina, en el taxi estuvo pensando Jasper Gwyn sobre todo en con cuánta gente iba a tener que cruzarse en el hospital —colegas, editores, periodistas, había que estar preparado para una buena suma de encuentros pesadísimos. Imaginó cuántas veces iban a preguntarle qué estaba haciendo. Horrible, pensó. Pero cuando subió a la unidad, sólo salió a su encuentro Lottie, en el pasillo desierto.

—No quiere ver a nadie, no quiere que nadie lo vea así, le dijo. Sólo ha preguntado por ti, mil veces, menos mal que has venido, sólo preguntaba por ti.

Jasper Gwyn no le contestó porque todavía estaba mirándola, desconcertado. Llevaba tacones de aguja y un traje chaqueta corto que cortaba la respiración.

—Lo sé, dijo ella. Es Tom quien me lo ha pedido. Dice que lo pone de buen humor.

Jasper Gwyn asintió. También el escote era de los que lo ponen a uno de buen humor.

—Se cabrea si lloro, añadió Lottie. ¿Puedes quedarte un rato aquí? Tengo ganas de ir a alguna parte para poder llorar como me apetezca.

En la habitación, Tom Bruce Shepperd estaba postrado entre catéteres y máquinas, como encogido debajo de las sábanas y mantas de un color inexistente —color hospital. Jasper Gwyn acercó una silla a la cama y se sentó. Tom abrió los ojos. Qué asco, dijo, aunque en voz baja. Tenía los labios secos, y ninguna luz en su mirada. Pero luego se volvió un poco, y reconoció a Jasper Gwyn, y entonces fue distinto.

En voz baja, y lentamente, se pusieron a hablar. Tom quería explicar algo que le había pasado. El corazón, en algún sitio. Algo complicado. Van a intentar una intervención, dentro de dos días, dijo. Aunque intentar no es gran cosa como verbo, señaló.

—Saldrás de ésta, dijo Jasper Gwyn. Como la otra vez, saldrás por la puerta grande.

—Tal vez.

—¿Qué significa eso de *tal vez*?

—Creo que preferiría cambiar de tema.

—De acuerdo.

—A ver si eres capaz de decirme algo que no me deprima.

—El traje chaqueta de Lottie quitaba el hipo.

—El cerdo de siempre.

—¿Yo? Eres tú el cerdo, eres tú quien hace que se vista así.

Tom sonrió —por primera vez. Luego cerró de nuevo los ojos. Se veía que hablar lo cansaba. Jasper Gwyn le pasó una mano por el pelo, y luego se quedaron un rato así, juntos y ya está.

Pero luego, sin abrir los ojos, Tom le dijo a Jasper Gwyn que había una razón especial por la que había hecho que lo llamaran, aunque por nada del mundo hubiera querido que él lo viera en aquel estado vomitivo. Cogió aire otra vez y después dijo que se trataba de la historia del retrato.

—No me apetece nada marcharme de aquí sin saber qué cojones te has inventado, dijo.

Jasper Gwyn movió la silla para estar más cerca de la cabeza de Tom.

—Tú no vas a marcharte a ninguna parte, dijo.

—Hablabas por hablar.

—Como vuelvas a repetirlo le vendo mi catálogo a Andrew Wylie.

—Nunca te representaría.

—Eso lo dices tú.

—De acuerdo, pero ahora escúchame.

De vez en cuando se paraba para coger aire. O el cabo de un hilo que, el muy cabrón, se le escapaba.

—He estado pensando, la historia esa de los retratos..., bueno, no tengo ganas de palabrería al respecto. Se me ha ocurrido una idea mejor.

Cogió la mano de Jasper Gwyn.

—Hazlo.

—¿El qué?

—Hazme un retrato. Y lo entenderé.

—¿Un retrato *a ti*?

—Sí.

—¿Ahora?

—Aquí. Tienes dos días. No me vengas con todas esas mariconadas de que necesitas un mes, y el estudio, y la música...

Apretó con fuerza la mano de Jasper Gwyn. Era una fuerza ilógica, nadie habría sabido decir de dónde procedía.

—Hazlo y punto. Si sabes hacerlo, podrás hacerlo también aquí.

Jasper Gwyn pensó en un montón de objeciones, todas ellas sensatas. Comprendió con una lucidez absoluta que aquélla era una situación grotesca, y se arrepintió de

no haberlo explicado todo en el momento oportuno, que era mucho tiempo atrás, y sin duda no entonces, en aquella habitación de hospital.

—No es posible, Tom.

—¿Por qué?

—Porque no es un juego de magia. Es como cruzar un desierto, o escalar una montaña. No es algo que pueda hacerse en el salón únicamente porque un niño al que quieres mucho te lo pide. Mira, vamos a hacer lo siguiente: te operan, todo irá de maravilla, y cuando vuelvas a casa yo te lo explico todo, te lo juro.

Tom aflojó la presión sobre la mano y durante unos instantes se quedó en silencio. Respiraba ahora de forma trabajosa.

—No se trata sólo de eso, dijo al final.

Jasper Gwyn tuvo que agacharse un poco para poder oír bien.

—Me importa llegar a comprender en qué andas metido, pero no es sólo eso.

Volvió a apretar con fuerza la mano de Jasper Gwyn.

—Una vez me dijiste que realizar el retrato de alguien es una manera de llevarlo de regreso a casa. ¿No es así?

—Sí, es algo parecido.

—Una manera de llevarlo de regreso a casa.

—Sí.

Tom se aclaró la garganta. Quería que se entendiera bien lo que estaba a punto de decir.

—Llévame de regreso a casa, Jasper.

Se aclaró otra vez la garganta.

—No me queda mucho tiempo y necesito regresar a casa, dijo.

Jasper Gwyn levantó la mirada porque no quería mirar a los ojos de Tom. Estaban todas aquellas máquinas,

y el color de las paredes, y el sello del hospital por todas partes. Pensó que todo era absurdo.

—Me saldrá de pena, dijo.

Tom Bruce Shepperd aflojó el apretón y cerró los ojos.

—Qué más da, no vayas a pensar que voy a pagártelo, dijo.

50

Así, durante dos días y dos noches, Jasper Gwyn permaneció en el hospital, casi sin dormir, porque tenía que hacerle un retrato al único amigo que le quedaba en esta vida. Se había colocado en un rincón, en una silla, y veía pasar a médicos y enfermeras sin verlos. Resistía a base de cafés y sándwiches, de vez en cuando iba a estirar las piernas por el pasillo. Llegaba Lottie y no se atrevía a decir nada.

En su cama, Tom parecía empequeñecer a cada hora que pasaba, y el silencio en el que sobrevivía era parecido a una desaparición misteriosa. De vez en cuando se volvía hacia el rincón en el que esperaba ver a Jasper Gwyn y siempre parecía aliviarlo el hecho de no encontrarlo vacío. Cuando se lo llevaban afuera para hacerle alguna prueba, Jasper Gwyn observaba la cama deshecha y en aquel amasijo de sábanas le parecía aprehender una forma de desnudez tan extrema que ya no era necesario ni siquiera un cuerpo.

Trabajaba entrelazando recuerdos y lo que ahora era capaz de ver en Tom y que nunca había visto. Ni siquiera un instante dejó de ser un acto difícil y doloroso. Nada era como en el estudio, del brazo de la música de David Barber, y cada una de las reglas que se había concedido allí resultaba imposible. No tenía sus hojitas, le faltaban

las Catalina de Médicis, y resultaba agotador pensar rodeado por todos aquellos objetos que él no había elegido. El tiempo era insuficiente, escasos los momentos de soledad. Notables las probabilidades de fracasar.

No obstante, la noche antes de la intervención, hacia las once, Jasper Gwyn preguntó si había algún ordenador, en aquella unidad, donde pudiera escribir una cosa. Acabó en un despacho de administración, donde le dejaron un escritorio y la contraseña para entrar en el ordenador de la oficinista. Aquello no era un procedimiento habitual y se empeñaron en dejárselo claro. Sobre el escritorio había dos fotos enmarcadas y una desoladora colección de ratoncitos de cuerda. Jasper Gwyn se colocó bien la silla, que estaba endiabladamente alta. Vio con espanto que el teclado estaba sucio, y lo estaba de forma intolerable en las teclas que más se utilizan. Hubiera dicho que debería ser al contrario. Se levantó, fue a apagar el fluorescente central y regresó con los ratoncitos. Encendió la lámpara de sobremesa. Empezó a escribir.

Cinco horas después se levantó e intentó ser capaz de descubrir dónde demonios estaba la impresora que, lo oía a la perfección, escupía su retrato. Resulta curioso dónde colocan las impresoras en las oficinas, cuando hay una sola para todo el mundo. Tuvo que encender el fluorescente central para localizarla, y al final se encontró con nueve hojas en la mano, impresas en un tipo que no le gustaba especialmente, y maquetadas con unos márgenes que eran de una banalidad ofensiva. Todo era erróneo, pero también todo era como tenía que ser —una exactitud apresurada, de la que había sido eliminado el lujo de los detalles. No se quedó para leerlas, sólo puso los números de las páginas. Había impreso dos copias: dobló una de ellas en cuatro, se la metió en el bolsillo, y luego

con la otra en la mano se encaminó hacia la habitación de Tom.

Debían de ser las cuatro de la madrugada, ni siquiera lo comprobó. En la habitación había una única luz encendida, bastante cálida, a espaldas de la cama. Tom dormía con la cabeza vuelta hacia un lado. Las máquinas conectadas a él de vez en cuando comunicaban algo y lo hacían emitiendo pequeños sonidos, odiosos. Jasper Gwyn acercó una silla a la cama. No tenía ningún sentido, pero apoyó una mano sobre el hombro de Tom y empezó a darle sacudidas. No era la clase de cosas que le hubiera gustado a cualquier enfermera que pasara por allí, se daba cuenta. Acercó la boca a la oreja de Tom y pronunció unas cuantas veces su nombre. Tom abrió los ojos.

—No estaba durmiendo, dijo. Sólo esperaba. ¿Qué hora es?

—No lo sé. Tarde.

—¿Lo has conseguido?

Jasper Gwyn tenía las nueve hojas en la mano. Las dejó sobre la cama.

—Me ha quedado un poco largo, dijo. Cuando se va con prisas siempre queda todo un poco largo, ya lo sabes.

Hablaban en voz baja y parecían dos chicos robando algo.

Tom cogió las hojas con la mano y les echó un vistazo. Y tal vez leyera las primeras líneas. Había incorporado un poco la cabeza de la almohada, con aire de estar haciendo un enorme esfuerzo. Pero en los ojos había algo despierto que nadie había visto nunca antes en aquel hospital. Dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada y le tendió las hojas a Jasper Gwyn.

—Vale. Lee.

—¿Yo?

—¿Tengo que llamar a una enfermera?

Jasper Gwyn se había imaginado algo distinto. Tipo Tom leyendo todo mientras él volvía a su casa para darse por fin una ducha. Siempre tardaba un poco en admitir la desnuda realidad de las cosas.

Cogió las hojas. Odiaba leer en voz alta las cosas que había escrito —leérselas *a los demás*. Siempre le había parecido un acto impúdico. Pero allí empezó a hacerlo, intentando hacerlo bien —con la lentitud que era necesaria, y el cuidado. Muchas frases le parecían ya inexactas, pero se obligó a leerlo todo tal y como lo escribiera. De vez en cuando Tom se reía a carcajadas. En una ocasión le hizo una señal para que se parara. Luego le dio a entender que podía proseguir. La última página Jasper Gwyn la leyó todavía más despacio, y a decir verdad le pareció impecable.

Cogió las hojas, al final, las colocó bien, las dobló por la mitad y las dejó sobre la cama.

Las máquinas seguían lanzando mensajes inescrutables, con una torpeza vagamente militar.

—Ven aquí, dijo Tom.

Jasper Gwyn se inclinó sobre él. Ahora estaba bien cerca. Tom sacó un brazo de debajo de las mantas y apoyó una mano sobre la cabeza de su amigo. En la nuca. Luego lo estrechó contra él —apoyó la cabeza de su amigo sobre el hombro y la mantenía allí. Movía levemente los dedos, como para estar seguro de algo.

—Lo sabía, dijo.

Apretó un poco los dedos sobre la nuca de su amigo.

Jasper Gwyn se fue cuando Tom ya estaba dormido. Tenía una mano sobre las páginas del retrato, y a Jasper Gwyn le pareció la mano de un niño.

Rebecca estaba en la oficina cuando llegó la noticia de que Tom no lo había superado. Se levantó y sin coger siquiera sus cosas bajó a la calle. Caminó con rapidez, como no lo hacía nunca, segura de cuál era el camino que tenía que recorrer e ignorando cuanto había a su alrededor. Llegó a la casa de Jasper Gwyn y se pegó al timbre. Tenía tanta firmeza su deseo de que aquella puerta se abriera que la puerta, al final, se abrió. Rebecca no dijo nada, pero se echó a los brazos de Jasper Gwyn, el único sitio en el mundo en el que, según había decidido, sería justo llorar y no dejar de hacerlo durante horas.

Como suele suceder, tardaron un tiempo en acordarse de que, cuando alguien muere, a los demás les corresponde vivir también por ellos —y no hay nada más que resulte adecuado.

De manera que el cuarto retrato Jasper Gwyn se lo hizo al único amigo que tenía, pocas horas antes de que muriera.

Luego le resultó difícil empezar de nuevo, por muchas y previsibles razones, pero también por la inesperada sensación de que realizar esos retratos era también una forma de desafiar a una persona que ahora ya no estaba, y a través de la cual, probablemente, se había convencido de que desafiaba a ese mundo de los libros del que quería huir. Ahora ya no quedaba nadie a quien convencer, salvo él mismo, y la reserva con que siempre había imaginado su oficio de copista se había convertido en una especie de batalla privada casi sin testigos. Tardó un tiempo en acos-

tumbrarse a la idea de que las cosas eran así, y en encontrar de nuevo la limpidez de un deseo necesario. Tuvo que retroceder para recordar la pureza de lo que andaba buscando, y la limpieza que había llegado a desear, en el corazón de su propio talento. Lo hizo con calma, dejando que remontara por sí misma la alegría que conocía —las ganas. Luego, gradualmente, se puso manos a la obra.

El quinto retrato tuvo que hacérselo al muchacho que pintaba, y la cosa no le gustó nada porque se trataba de empezar otra vez desde cero —algo que estaba objetivamente destinado al fracaso. El sexto se lo hizo a un actor de cuarenta y dos años con un cuerpo rarísimo, de pájaro, y un rostro memorable, como tallado en madera. El séptimo, a dos jóvenes muy ricos que acababan de casarse y habían insistido en posar juntos. El octavo se lo hizo a un médico que durante seis meses al año navegaba en barcos mercantes por todo el mundo. El noveno, a una mujer que quería olvidarlo todo, excepto a sí misma y cuatro poemas de Verlaine —en francés. El décimo, a un sastre que había vestido a la reina, sin estar especialmente orgulloso de ello. El undécimo, a una muchacha —y ése fue el error.

Rebecca, que seleccionaba a los aspirantes intentando proteger a Jasper Gwyn de sujetos indeseables, en realidad nunca la había visto. Pero había una razón para ello: ante ella se había presentado el padre, que no era un cualquiera, sino Mr Trawley, el anticuario jubilado, el primer hombre en el mundo que había aceptado desembolsar un dinero para dejarse retratar por Jasper Gwyn. La chica era su hija más pequeña, se llamaba Audrey. Con la gracia y la educación que Rebecca recordaba haber valorado cuando lo conoció, Mr Trawley le explicó que su hija era una muchacha difícil y estaba convencido de que una experiencia

particular como la vivida por él en el estudio de Jasper Gwyn tal vez podría ayudarla a encontrar una tregua —dijo exactamente eso— donde recuperar algo de serenidad. Añadió que fuera lo que fuera lo que escribiera Jasper Gwyn en su retrato, sería para su hija una huella más nítida que cualquier reflejo en el espejo y que cualquier enseñanza.

Rebecca habló con Jasper Gwyn y juntos decidieron que podía hacerse. La joven tenía diecinueve años. Entró en el estudio un lunes de mayo. Habían pasado dieciséis meses desde que hiciera lo mismo su padre.

Estaba desnuda como si fuera un desafío —su cuerpo tan joven, un arma. Hablaba a menudo, y a pesar de que Jasper Gwyn no diera muestras de responderle y en varias ocasiones se viera obligado a explicarle hasta qué punto cierto grado de silencio era indispensable para el éxito del retrato, ella cada día se ponía a hablar de nuevo. No explicaba nada, no estaba intentando explicar algo: salmodiaba un odio perenne, y una maldad indiscriminada. Era espléndida al hacerlo, en modo alguno una niña, y terriblemente animal. Insultó durante días, y de una forma ferozmente elegante, a sus padres. Luego divagó brevemente sobre el colegio y los amigos, pero estaba claro que lo hacía de una manera apresurada, imprecisa, porque era otro el lugar al que pretendía llegar. Jasper Gwyn había renunciado a hacerla callar, y se había acostumbrado a considerar que su voz era un detalle de su cuerpo, algo más íntimo que otros y, de algún modo, más peligroso —una zarpa. No prestaba atención a lo que decía, pero aquella afilada cantilena acabó resultándole tan vívida y tentadora que le hizo

parecer que la nube sonora de David Barber era vagamente inútil o incluso hasta molesta. El duodécimo día la chica llegó hasta donde quería llegar, es decir, hasta él. Empezó a agredirlo, verbalmente, con llamaradas que alternaba con silencios en que se limitaba a mirarlo fijamente, con una intensidad insoportable. A Jasper Gwyn se le hizo imposible trabajar, y en los pasos en el vacío de la mente llegó a darse cuenta de que algo había, en aquella agresión, tremendamente perverso y seductor. No estaba seguro de ser capaz de defenderse. Resistió dos días, al tercero no se presentó al estudio. Lo mismo hizo los cuatro días siguientes. Volvió al quinto día, casi seguro de que no iba a encontrarla, y extrañamente turbado ante la idea de no equivocarse. Pero ella estaba allí. Se quedó en silencio todo el rato. Jasper Gwyn la encontró, por primera vez, de una belleza peligrosa. Empezó a trabajar nuevamente, pero con un molesto barullo en la cabeza.

Por la noche, de regreso en casa, recibió una llamada telefónica de Rebecca. Había ocurrido algo desagradable. En un tabloide vespertino, sin entrar en detalles pero con los habituales tonos inelegantes, se contaba la curiosa historia de un escritor que realizaba retratos, en un estudio detrás de Marylebone High Street. No se decía su nombre, pero se mencionaba el precio de sus retratos (ligera-mente hinchado) y se daban muchos pormenores sobre el estudio. Había un párrafo, malicioso, sobre la desnudez de los modelos y en otro se mencionaban inciensos, luces tenues y músicas *new age*. Según el tabloide, hacerse retratar de esa manera se había convertido ya, entre ciertos círculos de la buena sociedad londinense, en la moda del momento.

Jasper Gwyn había temido desde siempre algo parecido. Pero con el tiempo Rebecca y él habían comprendi-

do que la forma de trabajar en ese estudio llevaba a la gente a ser extremadamente celosa en relación con su propio retrato e instintivamente proclive a no manchar la belleza de esa experiencia con algo que no fuera conservar una memoria privada de ella. Hablaron un rato sobre el tema, pero repasando a todos los que habían pasado por el estudio no consiguieron dar con uno que pudiera, realmente, tomarse la molestia de contactar con un tabloide y montar todo aquel follón. Fue inevitable, al final, pensar en la chica. Jasper Gwyn no le había contado nada de lo que estaba pasando con ella, en el estudio, pero Rebecca sabía leer a esas alturas hasta los menores detalles y no se le había escapado que allí dentro algo no estaba funcionando como era habitual. Intentó hacerle algunas preguntas y Jasper Gwyn se limitó a señalar que aquella chiquilla tenía un talento muy especial para la maldad. No quiso añadir nada más. Decidieron que Rebecca seguiría atenta a cómo se propagaba la noticia en los medios de comunicación y que, por el momento, lo único que cabía hacer era volver al trabajo.

Jasper Gwyn regresó a su estudio, al día siguiente, con la vaga impresión de ser un domador que entraba en la jaula. Encontró a la joven sentada en el suelo, en la esquina en la que solía agazaparse él. Estaba escribiendo algo en las hojas color crema de su libreta.

No apareció gran cosa, sobre aquella historia, en los demás periódicos, y Rebecca buscó a Jasper Gwyn para tranquilizarlo, pero no consiguió encontrarlo. Dio señales de vida él, unos días más tarde, y fue parco en palabras,

dijo que todo iba bien. Rebecca lo conocía lo bastante como para no insistir. Dejó de buscarlo. Recortaba los artículos, escasos, que se habían hecho eco de la noticia. Se dijo que, entre una cosa y otra, el asunto había salido bien. Trabajaba en un minúsculo despacho que Jasper Gwyn había buscado para ella, un agujero amable, no lejos de su casa. Encontró a tres candidatos (los tres habían leído el tabloide) sin que ninguno de ellos la convenciera plenamente. Pasada una semana, esperó a que ocurriera lo que siempre ocurría cuando la inescrutable voluntad de las Catalina de Médicis decidía que el tiempo se había terminado. Unos días más y Jasper Gwyn le haría entrega de una copia del retrato. Ella entonces convocaría al cliente, que iría a recogerlo, a liquidar la cuenta y a devolver la llave del estudio. Todo iba sobre ruedas, era repetitivo, y eso le gustaba. Pero esta vez Jasper Gwyn tardó en dar señales de vida y, en compensación, quien se presentó ante ella, una mañana, fue Mr Trawley. Venía para decirle que, según su hija, las Catalina de Médicis se habían apagado, y lo habían hecho incluso de una forma más bien elegante, pero la verdad era que cuando eso ocurrió hacía ya nueve días que Jasper Gwyn no hacía acto de presencia en el estudio. Su hija no había dejado de presentarse allí cada tarde, pero a él ya no había vuelto a verlo. Ahora Mr Trawley se preguntaba si es que tenía que hacer algo en particular o, simplemente, esperar. No estaba preocupado, pero había preferido ir en persona para averiguar si todo marchaba correctamente.

—¿Está completamente seguro de que Mr Gwyn no se presentó en los últimos nueve días?, preguntó Rebecca.

—Es lo que dice mi hija.

Rebecca lo observó de forma interrogativa.

—Sí, sí, ya lo sé, dijo él. Pero en este caso me inclino a creerla.

Rebecca dijo que lo comprobaría y que tendría noticias lo más pronto posible. No estaba tranquila, pero no dio muestras de ello.

Antes de marcharse, Mr Trawley halló la forma de preguntarle a Rebecca si por casualidad sabía cómo habían ido las cosas allí, en el estudio. Lo que en realidad habría querido preguntar era si su hija se había comportado decentemente.

—No lo sé, dijo Rebecca. Mr Gwyn no suele contar gran cosa de lo que sucede allí dentro, no es su estilo.

—Ya entiendo.

—Lo que he intuido es que su hija no es un tema fácil, por así decirlo.

—No, no lo es, dijo Mr Trawley.

Hizo una pausa.

—A veces puede ser extremadamente desagradable, o exageradamente atrayente, añadió.

Rebecca pensó que le habría gustado ser una chica de quien pudiera decirse algo semejante.

—Ya le diré algo, Mr Trawley. Estoy segura de que todo se arreglará.

Mr Trawley dijo que no lo dudaba.

Al día siguiente apareció en el *Guardian* un amplio reportaje sobre el tema de los retratos. Era más preciso que el que apareciera en el tabloide y se atrevía a mencionar el nombre de Jasper Gwyn. A él se le dedicaba un segundo articulillo, en el que se repasaba su carrera.

Rebecca se apresuró a buscar a Jasper Gwyn. No lo encontró en casa, ni tampoco un recorrido por las lavanderías del barrio sirvió para nada. Parecía desaparecido.

No sucedió nada durante cinco días. Luego Rebecca recibió, enviado por Jasper Gwyn, un grueso sobre que contenía el retrato de la joven, elaborado con el meticuloso cuidado habitual, y una nota de unas pocas líneas. Decía que por un tiempo le resultaría imposible dar señales de vida. Daba por descontado el hecho de que Rebecca lo mantendría todo en orden durante ese tiempo. Se había hecho necesario posponer el siguiente retrato: no estaba seguro de poder volver a trabajar antes de un par de meses. Le daba las gracias y se despedía con un gran abrazo. No hacía referencia alguna al artículo del *Guardian*.

Durante toda aquella jornada Rebecca tuvo que rechazar amablemente las muchas llamadas telefónicas que le llegaban de todas partes para saber más cosas sobre la historia de Jasper Gwyn. No le gustaba que la hubieran dejado sola en un momento tan delicado, pero por otra parte conocía lo suficiente a Jasper Gwyn como para reconocer una forma de comportarse que sería inútil intentar corregir. Hizo lo que tenía que hacer, lo mejor que pudo, y antes de anochecer telefoneó a Mr Trawley para decirle que el retrato estaba listo. Luego colgó el teléfono, cogió el retrato de la chica y lo abrió. Era algo que no hacía nunca. Se había impuesto como regla entregar los retratos sin echarles siquiera una mirada. Pensaba que ya llegaría el momento adecuado para leerlos. Pero esa noche todo era distinto. Flotaba en el aire algo que parecía la disolución de un sortilegio, y apartarse del procedimiento habitual le pareció razonable, hasta incluso indispensable. Por tanto, abrió el retrato de la muchacha y empezó a leerlo.

Eran cuatro páginas. Se detuvo en la primera, luego dejó en su sitio las páginas y cerró de nuevo la carpeta.

La joven llegó por la mañana, iba sola. Se sentó delante de Rebecca. Tenía largo cabello rubio, liso y fino, que dejaba caer a ambos lados del rostro. Sólo a ratos, con un movimiento de la cabeza, descubría por completo sus facciones, que eran angulosas, pero dominadas por dos encantadores ojos oscuros. Era delgada y utilizaba su cuerpo sin que la traicionaran señales de nerviosismo: parecía haber elegido una cierta inmovilidad elegante como regla de su presencia. Llevaba una chaqueta abierta sobre una camiseta morada a través de la que podían intuirse unos pechos pequeños y bien hechos. Rebecca se fijó en las manos, pálidas y llenas de minúsculas heridas.

—Su retrato, dijo, tendiéndole la carpeta.

La joven lo dejó sobre la mesa.

—¿Tú eres Rebecca?, preguntó.

—Sí.

—Jasper Gwyn habla a menudo de ti.

—Me resulta difícil creerlo. Mr Gwyn no es la clase de persona que hable mucho de nada.

—No, pero de ti lo hace.

Rebecca hizo un gesto vago y sonrió.

—Vale, dijo.

Luego le ofreció a la muchacha un papel para que lo firmara. Para liquidar la cuenta se había puesto de acuerdo con su padre.

La muchacha lo firmó sin leer. Devolvió la pluma. Hizo un gesto hacia el retrato.

—¿Lo has leído?, preguntó

—No, mintió Rebecca. Nunca lo hago.

—¿Qué estúpida.

—¿Cómo dice?

—Yo lo haría.

—¿Sabe?, soy lo bastante mayor como para decidir qué es mejor hacer o no.

—Sí, eres mayor. Eres vieja.

—Es posible. Ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo.

—Jasper Gwyn dice que eres una mujer muy infeliz.

Rebecca entonces la miró por primera vez sin cautela. Vio que tenía una manera odiosa de ser encantadora.

—También Mr Gwyn se equivoca de vez en cuando, dijo.

La joven hizo aquel movimiento con la cabeza que liberaba un instante su rostro.

—¿Estás enamorada de él?, preguntó.

Rebecca la miró y no respondió.

—No, no era ésa la pregunta que quería hacer, se corrigió la joven. ¿Has hecho el amor con él?, preguntó.

Rebecca pensó en levantarse y en acompañar a la joven hasta la puerta. Era evidentemente lo único que cabía hacer. Pero también sintió que si había alguna forma de penetrar en todo lo que de extraño estaba sucediendo, allí delante de ella tenía tal vez la única vía posible, por odiosa que resultara.

—No, dijo. Nunca he hecho el amor con él.

—Yo sí, dijo la chiquilla. ¿Te interesa saber cómo lo hace?

—No estoy segura.

—Con violencia. Pero luego, de repente, con dulzura. Le gusta tocarse. No habla nunca. No cierra nunca los ojos. Se pone guapísimo cuando se corre.

Lo dijo sin apartar la mirada de los ojos de Rebecca.

—¿Quieres leer conmigo el retrato?, preguntó.

Rebecca dijo que no con la cabeza.

—No creo que quiera saber nada más de ti, chiquilla.

—No sabes nada de mí.

—Pues muy bien, perfecto.

La joven pareció distraída un instante con algo que había visto encima de la mesa. Luego levantó otra vez la mirada hacia Rebecca.

—Lo hemos hecho durante dos días, casi sin dormir, dijo. Allí, en el estudio. Luego se fue y no volvió más. Un cobarde.

—Si no te queda más veneno que escupir, nuestra conversación se acaba aquí.

—Sí. Me queda una cosa más.

—Date prisa.

—¿Me harías un favor?

Rebecca la miró desconcertada. La joven volvió a hacer el movimiento con el que descubría un instante su rostro.

—Cuando lo veas le dices que lamento el asunto de los periódicos, que no creía que iba a montarse este follón.

—Si querías hacerle daño, te has salido con la tuya.

—No, no es eso lo que quería. Era otra cosa.

—¿Qué era?

—No lo sé..., quería *tocarlo*, pero no creo que tú lo puedas entender.

Rebecca pensó con fastidio que lo podía entender muy bien. Pensó también en la condena de todos aquellos, tan numerosos, que no son capaces de tocar sin hacer daño, e instintivamente buscó con la mirada aquellas manos y las pequeñas heridas. Sintió la sombra de una lejana piedad y supo de inmediato qué era lo que había doblegado a Jasper Gwyn, en aquel estudio, con aquella chica.

—La llave, dijo.

La muchacha buscó en el bolso y dejó la llave en la mesa. Se quedó un instante mirándola.

—No quiero el retrato, dijo. Tíralo.

Se fue dejando la puerta abierta —caminaba un poco ladeada, como si tuviera que colarse por un espacio estrecho y lo hiciera para huir de todo lo que era.

57

Rebecca tardó un rato en poner de nuevo en marcha sus pensamientos. Se olvidó de todos los asuntos que tenía que resolver, anuló todas las citas, dejó sobre la mesa, sin abrirlos, los periódicos que había comprado. Le molestaba ver que las manos le temblaban —hasta le resultaba difícil comprender si se trataba de rabia o de alguna forma de espanto. Sonó el teléfono y no contestó. Cogió sus cosas y salió de allí.

En el camino hacia su casa, se sentó en un lugar tranquilo, en los escalones de una iglesia, junto a un pequeño jardín, y se obligó a recordar las palabras de la joven. Intentaba comprender qué era lo que, paso a paso, habían acabado haciendo pedazos. Muchas cosas, y algunas sabía que eran delicadas, pero también firmes, como no lo son las simples ilusiones. Extrañamente, antes que en sí misma pensó en Jasper Gwyn, como esa gente que al levantarse tras una caída comprueba que no se hayan roto las gafas o el reloj —las cosas más frágiles. Era difícil comprender hasta qué punto aquella joven lo habría herido. Sin duda había quebrantado una medida que hasta ese momento Jasper Gwyn había adoptado como norma imprescindible de su curioso trabajo. Pero también era posible que tanto cuidado en poner límites y restricciones escondiera el íntimo deseo de llegar más allá de toda regla, aunque fuera una única vez, y a cualquier precio —como

para llegar hasta el fondo de determinado camino suyo. Por tanto, era difícil decir si aquella muchacha había sido para él un golpe mortal o la meta a la que desde siempre todos sus retratos habían estado apuntando. Quién sabe. Claro que aquellos nueve días sin pisar su estudio hacían pensar más en un hombre asustado que en un hombre exitoso —y en su permanecer escondido, después, con calma pero con determinación. Son los animales heridos los que se mueven así. Pensó en el estudio, en las dieciocho Catalina de Médicis, en la música de David Barber. Qué lástima, se dijo. Qué lástima tan grande si todo tenía que acabar así.

Regresó hacia su casa, caminando lentamente, y sólo entonces se le ocurrió pensar en sí misma, y en comprobar las suyas, sus heridas. Por mucho que le disgustara admitirlo, aquella joven le había enseñado algo que la humillaba, y que tenía que ver con el valor, o con la falta de pudor, quién sabe. Intentó recordar los momentos en que ella también había estado bien cerca de Jasper Gwyn, escandalosamente cerca, y acabó por preguntarse en qué se había equivocado en aquellos instantes, o qué era lo que no había entendido. Regresó con la memoria a la oscuridad del estudio, en aquella última noche, y se acordó de la nada que se había hecho entre ellos dos, incrédula por no haber sabido atravesarla. Pero volvió a pensar todavía más en aquella mañana de la muerte de Tom, en su carrera hasta la casa de Jasper Gwyn y en todo lo que vino a continuación. Se acordaba del miedo de los dos, y de aquel deseo de permanecer encerrados allí dentro, juntos, más fuerte que cualquier otra cosa. Se acordaba de sus propios gestos en la cocina, con los pies descalzos, del teléfono que sonaba sin que ellos dejaran de hablar, en voz baja. Del alcohol bebido, de los discos viejos, de las portadas de los li-

bros, del lío en el baño. Y de lo fácil que había sido echarse a su lado, y dormirse. Luego el difícil amanecer, y la mirada aterrada de Jasper Gwyn. Ella que lo entendía y que se iba.

Cuánto más exacto había sido el gesto de aquella joven.

Qué odiosa lección.

Se miró y se preguntó si no podría explicarse todo simplemente con aquel cuerpo suyo, inadecuado y erróneo. Pero no era una respuesta. Sólo tristezas que hacía ya tiempo que no quería afrontar.

En casa, más tarde, se vio hermosa, en el espejo —y viva.

Así que durante días hizo lo único que le pareció adecuado —esperar. Siguió fríamente la multiplicación en la prensa de los reportajes que seguían tratando el curioso caso de Jasper Gwyn, y se limitó a archivarlos por orden cronológico. Respondía al teléfono, anotando diligentemente todas las peticiones y asegurando que pronto tendría la oportunidad de ser más útil. No tenía miedo, sabía que únicamente tenía que esperar. Lo hizo durante once días. Luego, una mañana, le llegó a la oficina un grueso paquete, acompañado por una carta y un libro.

En el paquete estaban todos los retratos, cada uno en su carpeta. En la carta, Jasper Gwyn aclaraba que eran las copias que había hecho para él: le rogaba que los conservara en un lugar seguro, y que no los hiciera públicos bajo ningún concepto. Añadía una minuciosa lista de cosas que había que hacer: devolver el estudio a John Septimus Hill, deshacerse de los muebles y de los otros trastos, dejar libre el despacho, anular el correo electrónico con el que habían trabajado, volverse ilocalizable para los periodistas que eventualmente hubieran intentado ponerse en

contacto con ella. Especificó que se había ocupado personalmente de liquidar todas las cuentas pendientes, y tranquilizaba a Rebecca diciéndole que muy pronto le llegarían sus emolumentos, incluyendo una significativa liquidación. Estaba seguro de que no iba a poner ningún reparo.

Le daba las gracias de todo corazón, y todavía una vez más se veía en la obligación de decir que no habría podido desear una colaboradora más cuidadosa, discreta y agradable. Se daba cuenta de que desde todos los puntos de vista habría sido deseable una despedida más cálida pero tenía que admitir, si bien con pesar, que no era capaz de hacer nada mejor.

El resto de la carta estaba escrito a mano. Decía así:

Tal vez tendría que explicarle que la distancia respecto a esa joven era un teorema irresoluble, pero no sabría hacerlo sin quedar en ridículo, o sin herirla, quizá. Lo primero no me importaría, pero lo segundo me crearía una infinita desazón. Acepte creer, simplemente, que no podía hacerse otra cosa.

No se preocupe por mí, no me siento contrariado por lo que sucedió y tengo en la cabeza, con precisión, qué es lo que tengo que hacer ahora.

Le deseo toda suerte de felicidad, se la merece.

Por siempre agradecido, suyo

JASPER GWYN, copista

Luego había una nota, tras la firma, unas pocas líneas. Decía que le adjuntaba el último libro salido de los cajones de Klarisa Rode, y que acababan de publicar. Se acordaba muy bien de que aquel día, en el parque, cuando le llevó su retrato, ella llevaba precisamente una novela de Rode, en la

mano, y que habló de ella con gran entusiasmo. De manera que le había pasado por la cabeza que podía ser una buena forma de cerrar el círculo regalarle en esta circunstancia ese libro: deseaba que al leerlo disfrutara.

Nada más.

¿Pero es posible estar hecho de esta pasta?, pensó Rebecca.

Cogió el libro, lo manoseó un poco, luego lo lanzó contra la pared —un gesto que algunos años después recordaría.

Se le ocurrió revisar el sobre y sólo encontró un vulgar sello postal londinense. Evidentemente no podía saber adónde se había marchado Jasper Gwyn. Lejos —eso lo sentía con absoluta certeza. Todo había terminado, y ni siquiera con esa solemnidad a la que siempre tiene derecho el ocaso de las cosas.

Se levantó, puso en la agenda la carta de Jasper Gwyn y decidió que, por última vez, iba a hacer lo que le pedía. No por deber —sino por una forma de melancólica precisión. Cogió, antes de salir, los retratos. Pensó que no leerlos sería uno de los placeres de su vida. Al llegar a casa, los metió en el fondo de un armario, debajo de los jerséis viejos, y fue éste el último gesto que le dictó cierto pesar —saber que nadie lo sabría nunca.

Necesitó unos diez días para arreglarlo todo. A quien pedía explicaciones, le daba respuestas vagas. Cuando John Septimus Hill le dijo que mandara a Jasper Gwyn sus más respetuosos saludos ella le aclaró que no iba a tener forma de hacerlo.

—¿Ah, no?

—No, lo siento.

—¿No tiene previsto reunirse con él dentro de un razonable lapso de tiempo?

—No tengo previsto volver a reunirme con él nunca más, dijo Rebecca.

John Septimus Hill se permitió una sonrisa vagamente escéptica que Rebecca juzgó fuera de lugar.

En los años que siguieron aparentemente nadie volvió a tener noticias de Jasper Gwyn. Las indiscreciones sobre su curiosa manía de los retratos desaparecieron pronto de los periódicos y la presencia de su nombre era cada vez más escasa en las crónicas literarias. Podía pasar que se le citara en pasajeros panoramas de la literatura inglesa reciente, y un par de veces le dedicaron algunas líneas a propósito de otros libros que parecían retomar determinados recursos estilísticos suyos. Una de sus novelas, *Hermanas*, acabó en la lista de los *Cien libros que hay que leer antes de morir* elaborada por una prestigiosa revista del sector. Su editor inglés y un par de los extranjeros intentaron ponerse en contacto con él, pero antes todo pasaba por las manos de Tom y ahora, cerrada su agencia, no parecía haber forma alguna de hablar con ese hombre. Estaba bastante difundida la idea de que tarde o temprano daría señales de vida, y probablemente con un nuevo libro. Eran pocos los que pensaban que en serio podía haber dejado de escribir.

En cuanto a Rebecca, en el plazo de cuatro años se reconstruyó una vida, determinándose a empezar desde cero. Encontró un trabajo que no guardaba relación con los libros, dejó a su novio gilipollas y se fue a vivir a las afueras de Londres. Un día conoció a un hombre casado que tenía una muy bonita manera de enmarañar todo lo que tocaba. Se llamaba Robert. Acabaron amándose mu-

cho, y el hombre le preguntó un día si podía abandonar a su familia e intentar crear otra con ella. A Rebecca le pareció una idea magnífica. A la edad de treinta y dos años se convirtió en madre de una niña a la que pusieron el nombre de Emma. Empezó a trabajar menos y a engordar más, y ninguna de las dos cosas le causó ningún remordimiento. Muy de vez en cuando se veía pensando en Jasper Gwyn, y siempre con una emoción particular. Eran recuerdos tenues, como postales enviadas de una vida anterior.

De todos modos, un día, mientras empujaba el carrito con Emma entre los pasillos de una enorme librería londinense, se topó con una oferta especial de libros de bolsillo, y encima de la columna vio un libro de Klarisa Rode. De entrada ni siquiera le hizo mucho caso al título, simplemente anotó el hecho de que no lo había leído. Sólo al llegar a la caja se dio cuenta de que, en efecto, se trataba del libro que cuatro años atrás Jasper Gwyn le regalara, el día en que todo terminó. Se acordó de lo que había hecho. Sonrió. Pagó.

Empezó a leerlo en el metro, dado que Emma se había dormido en su carrito y les quedaban aún unas cuantas paradas. Estaba disfrutándolo verdaderamente, sin prestar atención a la gente de su alrededor, cuando de golpe, en la página dieciséis, se quedó de piedra. Siguió leyendo un poco más, incrédula. Luego levantó la mirada y en voz alta dijo:

—¡Será hijo de puta!

En efecto, lo que estaba leyendo, en el libro de Rode, era su propio retrato, palabra por palabra, exactamente el retrato que Jasper Gwyn le había hecho años atrás.

Se volvió hacia su vecino y de una forma surrealista se vio en la obligación de explicarse, también en voz alta.

—¡Se lo ha copiado, se lo ha copiado de Rode, joder!

El vecino no pareció captar la importancia del asunto, pero entre tanto algo se había puesto en marcha en la cabeza de Rebecca —como una forma de tardío sentido común— y bajó de nuevo los ojos hacia el libro.

Un momento, pensó.

Comprobó la fecha de edición y se dio cuenta de que había algo que no le cuadraba. A ella el retrato Jasper Gwyn se lo había hecho por lo menos un año antes ¿Cómo puede copiar alguien un libro que todavía no ha aparecido?

Se volvió de nuevo hacia su vecino, pero era evidente que aquel tipo no iba a poder serle de gran ayuda.

Tal vez Jasper Gwyn lo leyó antes de que se publicara, pensó. Era una hipótesis razonable. Se acordaba vagamente de que la de los manuscritos de Klarisa Rode era una historia intrincada. Nada era tan probable como que Jasper Gwyn hubiera logrado, de alguna manera, verlos antes de que acabaran en manos del editor. Cuadraba. Pero precisamente en ese momento, desde lejos, le llegó una frase que le había dicho Tom mucho tiempo atrás. Fue el día en que le explicó qué clase de tipo era Jasper Gwyn. Le había contado el asunto del hijo nunca reconocido. Pero también le había dicho otra cosa: que había libros, por lo menos dos, escritos por Jasper Gwyn, que circulaban por el mundo, *pero no con su nombre*.

Joder, pensó.

Por eso nunca dejan de salir inéditos de ésa. *Los escribe él*.

Era una locura, pero también podía tratarse de la verdad.

Cambiaría unas cuantas cosas, se dijo. Instintivamente, volvió a pensar en el día en que todo terminó y se vio a sí misma mientras tiraba contra la pared aquel estúpido libro. ¿Era posible que no fuera un estúpido libro sino un

exquisito regalo? Costaba un gran esfuerzo recomponer los fragmentos dispersos. Se le pasó por la cabeza un instante la idea de que algo importante le había sido restituido, algo que le correspondía desde hacía mucho tiempo. Intentaba comprender qué era *exactamente*, cuando se dio cuenta de que el metro se había detenido en la estación donde tenía que bajar.

—¡Mierda!

Se levantó y bajó corriendo.

Tardó un instante en darse cuenta de que había olvidado algo.

—¡Emma!

Se volvió mientras las puertas se cerraban. Empezó a golpear con la palma de las manos los cristales y a gritar algo, pero el tren se iba ya lentamente.

La gente la paró y estaba mirándola.

—¡Mi hija!, gritó Rebecca. ¡Mi hija va montada en ese tren!

No resultó nada sencillo, luego, recuperarla.

59

No le pareció necesario, más tarde, contarle toda la historia a Robert, pero cuando llegó la hora de irse a dormir, Rebecca dijo que tenía que acabar de leer forzosamente una cosa por motivos de trabajo y le rogó que se marchara a dormir tranquilamente, que ella se iba a quedar allí, que terminaría pronto.

—¿Y si se despierta Emma?, preguntó él.

—Como siempre. La asfixias con la almohada.

—De acuerdo.

Era un hombre con un carácter adorable.

152

Echada en el sofá, Rebecca cogió el libro de Rode, lo empezó desde el principio y lo leyó hasta el final. Eran las dos de la madrugada cuando llegó a la última página. La historia estaba ambientada en una pequeña ciudad danesa del siglo XIX, y hablaba de un padre y de sus cinco hijos. La encontró hermosísima. Poco después del principio aparecía, en efecto, como engastado, el retrato que Jasper Gwyn le hiciera, pero en vano buscó Rebecca, en el resto del libro, algo que ofreciera huellas significativas del hecho. Tampoco le pareció encontrar ni una sola página que pudiera haber sido escrita a propósito para ella. Únicamente aquella especie de cuadro, colocado en una esquina, con indudable maestría.

Había terminado con Jasper Gwyn hacía ya tanto tiempo que intentar comprender ahora qué significaba toda aquella historia le pareció durante un momento un esfuerzo que no tenía ganas de hacer. Era tarde, al día siguiente tenía que llevar a Emma a casa de su suegra y luego ir a toda prisa a trabajar. Pensó que lo mejor sería dejarlo correr e irse a la cama. Pero mientras apagaba las luces y encontraba aún algo más que colocar en su sitio, tuvo la extraña sensación de que no estaba allí, y de estar puliendo los detalles de la vida de otra. Con una pizca de desconcierto, se dio cuenta de que, en un solo día, la distancia en la que había estado años trabajando se había alejado con elegancia —una cortina con un golpe de viento. Y desde lejos la alcanzó una nostalgia que creía haber vencido.

De manera que, en vez de irse a la cama, hizo algo que nunca habría pensado hacer. Abrió un armario y sacó de debajo de una pila de mantas de invierno las carpetas con los retratos. Se preparó un café, se sentó a la mesa y empezó a abrir las carpetas, al azar. Se puso a leer aquí y allá,

153

sin método, como podría haber paseado por una galería de cuadros. No lo hacía para intentar comprender algo, o para encontrar respuestas. Tan sólo disfrutaba con los colores, aquella luz particular, el paso seguro, las huellas de determinada imaginación. Lo hacía porque aquello era un lugar, y en ningún otro lugar habría querido estar ella aquella noche.

Lo dejó cuando ya se filtraba la primera luz del alba. Le ardían los ojos. Sintió de repente un pesado cansancio, imposible de posponer. Fue a meterse a la cama, y Robert se despertó lo suficiente como para preguntarle, sin darse cuenta en realidad, si todo iba bien.

—Todo bien, duerme.

Se apretujó un poco contra él, volviéndose sobre un costado, y se durmió.

60

Al día siguiente se despertó sin entender nada. Llamó por teléfono a la oficina para decir que le había surgido un imprevisto y no podría ir a trabajar. Luego llevó a Emma a casa de su suegra, una simpática señora que estaba más gorda que ella y que nunca se cansaba de mostrarse agradecida por haber arrancado a su hijo de las garras de una mujer que sólo ingería comida vegetariana. Rebecca le dijo que regresaría por la tarde y añadió que si por algún motivo se retrasaba la avisaría. Le dio un beso a Emma y volvió a casa.

En el silencio de las habitaciones desiertas volvió a coger el libro de Rode. Y se obligó a pensar. Detestaba los enigmas y sabía que no tenía la inteligencia adecuada para divertirse resolviéndolos. Ni siquiera estaba muy segura de

154

querer abrir de nuevo aquella historia que creía muerta y sepultada. Pero estaba claro que le gustaría asegurarse de que aquel libro había sido de verdad un regalo para ella —un toque amoroso que en aquel adiós de tantos años atrás había echado en falta. De la misma manera, indudablemente, que la atraía la posibilidad de descubrir, por sí misma, hasta dónde se podía prolongar, de verdad, la ilimitada rareza de Jasper Gwyn.

Se quedó largo rato reflexionando.

Luego se levantó, cogió las carpetas de los retratos, sacó de la pila la de su retrato, y puso las demás en un bolso. Se vistió y llamó a un taxi. Hizo que la llevaran a la zona del British Museum, porque había decidido que si había alguien en el mundo que pudiera ayudarla, esa persona era Doc Mallory.

61

A Mallory lo había conocido en la oficina de Tom, era uno de los muchos personajes inverosímiles que trabajaban allí, si bien la palabra *trabajar* no ayudaba a hacerse una idea. De unos cincuenta años, tenía otro nombre, pero todo el mundo lo llamaba *Doc*. Tom lo mantenía a su lado desde hacía mucho tiempo, y lo consideraba absolutamente indispensable. Mallory, en efecto, era el hombre que lo había leído todo. Tenía una memoria formidable y parecía haber pasado un par de vidas hojeando libros y catalogándolos en un milagroso índice mental suyo. Cuando uno necesitaba algo, acudía a él. En general se lo podía encontrar en el escritorio, leyendo. Siempre llevaba americana y corbata, porque, sostenía, se le debe un respeto a los libros, a todos, hasta a los horribles. Uno acudía a

155

consultarle para conocer la grafía exacta de los nombres rusos, o para hacerse una idea de la literatura japonesa de los años veinte. Cosas por el estilo. Verlo manos a la obra era un privilegio. Una vez uno de los autores de Tom fue acusado de plagio, parecía que había copiado una escena de pelea de una novela policíaca americana de los años cincuenta. Tom arrancó las páginas incriminadas del libro y se las llevó a Mallory.

—A ver si eres capaz de acordarte de una treintena de libros en los que haya una escena de este tipo, le dijo. Un par de horas después, se presentó con una lista detallada de peleas y trifulcas que parecían haber sido escritas todas por la misma mano.

—¡Formidable!, dijo Tom.

—El deber es el deber, respondió Mallory, y regresó a su escritorio a leer una biografía de Magallanes.

Cuando murió Tom, con sus ahorros abrió una pequeña librería, detrás del British Museum, en la que sólo tenía los libros que le gustaban. Rebecca iba allí de vez en cuando, más que nada por el gusto de saludarlo y de charlar un rato. Pero aquel día era distinto, tenía algo muy concreto que pedirle. Cuando entró en la tienda, incluso antes de saludar, giró el cartel que estaba colgado en la puerta y que decía ¡SÍ, ESTÁ ABIERTO! Del otro lado decía NO VUELVO ENSEGUIDA.

—Me parece que tienes la intención de quedarte un buen rato, dijo Mallory desde detrás del mostrador.

—Puedes jurarlo, dijo Rebecca.

Dejó el bolso en el suelo y fue a darle un abrazo. No es que estuviera enamorada de él, aunque era algo parecido. Siempre tenía el mismo olor, de polvo y caramelos de anís.

—No tienes pinta de haber venido a comprar un libro, Rebecca.

—En efecto. He venido a hacer que este día sea inolvidable para ti.

—Ay.

—Doc, ¿te acuerdas de Jasper Gwyn?

—¿Bromeas?

Y estaba ya empezando con su bibliografía completa.

—Déjalo ya, es otra cosa la que quiero pedirte. ¿Te acuerdas de la historia de los retratos?

Mallory se echó a reír.

—¿Quién no se acuerda? En la de agencia de Tom no se hablaba de otra cosa.

—¿Tú supiste algo al respecto?

—A decir verdad, eras tú la que lo sabía todo.

—Sí, ¿pero tú sabías algo de todo aquello?

—Poco. Se decía que se estaba volviendo loco, en pos de aquella idea. Pero también corría la voz de que había llegado a vender los retratos a cien mil libras cada uno.

—¡Ojalá!, dijo Rebecca.

—¿Ves como eres tú la que lo sabe?

—Sí, pero no lo sé todo, me falta un trozo y sólo tú puedes ayudarme.

—¿Yo?

Rebecca se agachó hacia el bolso, sacó las carpetas y las dejó en el mostrador.

Doc Mallory estaba trabajando con unas facturas cuando ella entró, por lo que estaba en mangas de camisa.

Se dio la vuelta, fue a buscar la americana, se la puso y volvió detrás del mostrador.

—¿Son éstos?, preguntó.

—Sí.

—¿Puedo?

Giró las carpetas hacia su lado y se limitó a apoyar las manos encima, abiertas, con delicadeza.

—Tom habría dado un brazo por poder leerlos, dijo con un velo de tristeza.

—¿Y tú?

Mallory levantó la vista hacia ella.

—Ya lo sabes, leerlos sería, para mí, un privilegio.

—Hazlo entonces, Doc, necesito que lo hagas.

Mallory se quedó un rato en silencio. Le brillaban los ojos.

—¿Por qué?, preguntó.

—Necesito saber si fueron copiados.

—¿Copiados?

—Sacados de otros libros, no sé, algo por el estilo.

—Pero, mujer, eso no tendría sentido.

—Muchas cosas carecen de sentido cuando te relacionas con Jasper Gwyn.

Mallory sonrió. Sabía que era verdad.

—¿Tú los has leído?, preguntó.

—Más o menos.

—¿Y te has hecho una idea?

—No. Pero yo no he leído todos los libros del mundo.

Mallory se echó a reír.

—Oye, que no los leo todos. A menudo *los hojeo*, dijo.

Luego se acercó un poco las carpetas.

—En mi opinión, estás loca.

—Salgamos de dudas. Léelos.

Él titubeó todavía un instante.

—Será un gran placer.

—Pues entonces léelos.

—Está bien, los leeré.

—No, no, no lo has entendido, los vas a leer ahora mismo, luego te olvidas de ellos inmediatamente y si se te ocurre hablar de ellos con alguien, vengo aquí y te arranco personalmente las pelotas.

Mallory la miró. Rebecca sonrió.

—Estaba bromeando.

—Ah.

—Pero no mucho.

Luego se sacó el impermeable, buscó una silla donde instalarse y le dijo a Mallory que se tomara el tiempo que necesitara, tenían todo el día para ellos.

—¿No tendrías nada para dejarme leer? Más que nada para no aburrirme, preguntó.

Mallory hizo un vago gesto hacia sus estanterías, sin levantar siquiera la mirada de las carpetas, todavía cerradas.

—Sírrete tú misma, estoy ocupado, dijo.

Dos horas después, Mallory cerró la última carpeta y durante un rato permaneció inmóvil. Rebecca levantó la vista del libro e hizo ademán de ir a decir algo. Pero Mallory hizo un gesto para detenerla. Quería quedarse pensando un rato más, o tal vez necesitaba tiempo para regresar desde algún lugar muy lejano.

Al final le preguntó a Rebecca qué habían pensado sus clientes de aquellos retratos. No por nada, por curiosidad.

—Siempre se quedaban muy satisfechos, respondió Re-

becca. Se reconocían. Era algo que no se esperaban, una especie de magia.

Mallory asintió.

—Sí, puedo imaginármelo.

Luego preguntó otra cosa.

—¿Tú sabes cuál es el de Tom?

En los retratos no estaban escritos los nombres, podrían ser los retratos de cualquier persona.

—No estoy segura, pero creo haberlo reconocido.

Se miraron.

—¿Ese en el que sólo hay niños?, aventuró Mallory.

Rebecca asintió.

—Habría apostado, dijo Mallory riendo.

—Es exactamente Tom, ¿verdad?

—Clavadito.

Rebecca sonrió. Era increíble hasta qué punto aquel hombre lo había entendido todo sin hacer prácticamente ni una sola pregunta. Tal vez leer miles de libros no es, en definitiva, tan inútil, pensó. Luego se acordó de que estaba allí para saber algo muy concreto.

—¿Y del tema de las imitaciones que me dices, Doc?

Se lo dijo como si no se tratara de un detalle muy importante.

Mallory dudó un instante. Hizo un gesto vago y ganó algo de tiempo sacando un gran pañuelo y sonándose la nariz ruidosamente. Mientras lo doblaba de nuevo y se lo metía otra vez en el bolsillo, dijo que él ya había leído uno de aquellos retratos. Sacó una carpeta de entre las demás y la dejó en la mesa. La abrió. Releyó unas líneas.

—Sí, esto viene directamente de otro libro, dijo de mala gana.

Rebecca sintió una punzada en algún lugar y no logró ocultar una mueca.

—¿Estás seguro?, preguntó.

—Sí.

Todo se hacía condenadamente más complicado.

—¿Te acuerdas de qué libro es?, preguntó.

—Sí, se titula *Tres veces al amanecer*. Un buen libro.

Breve. Que yo recuerde, la primera parte es muy parecida a este retrato, tal vez no sea literalmente igual, me parece que es más larga. Pero algunas frases juraría yo que son idénticas. Y la escena es ésa, los dos en el hotel, no hay duda.

Rebecca se pasó una mano por el pelo. A tomar por culo, pensó. Cogió la carpeta abierta, le dio la vuelta, echó un vistazo al principio del retrato. Uno de los más hermosos, maldita sea.

—¿Tienes ese libro?, preguntó.

—No, lo tenía, pero enseguida me quedé sin. Lo había publicado una pequeña editorial, en una tirada corta, era una especie de rareza.

—¿En qué sentido?

—Verás... Lo habían encontrado entre los papeles de un viejo profesor de música, un indio que había muerto unos años atrás. A nadie le constaba que hubiera escrito nada, pero apareció esa especie de relato. Les pareció bonito y lo publicaron, hará un par de años. Pero sólo un millar de ejemplares, puede que menos. Una nadería.

Rebecca levantó la mirada hacia él.

—¿Qué has dicho?

—¿En qué sentido?

—Repítele lo que has dicho.

—Nada... Que lo escribió un indio muerto hace unos años, alguien que se dedicaba a otra cosa, alguien que nunca había publicado nada en vida. En fin, una especie de golosina, ¿me entiendes? Pero muy hermosa, he de añadir. La cosa típica que alguien como Jasper Gwyn podía haber leído.

La cosa típica que alguien como Jasper Gwyn podía haber escrito, pensó Rebecca. Y Doc Mallory no acabó de comprender por qué de repente se la encontró del otro lado del mostrador, abrazándolo. Ni tampoco comprendía aquellos ojos rojos.

—Doc, te amo.

—Tenías que habérmelo dicho hace años, *baby*.

—No los copiaba, Doc, no los copiaba de ninguna manera.

—La verdad es que acabo de demostrarte lo contrario.

—Un día de éstos te lo explicaré, pero tienes que creerme, no los copiaba.

—¿Y qué hacemos con *Tres veces al amanecer*?

—Déjalo correr, no puedes entenderlo, dime si lo tienes.

—Ya te lo he dicho. No.

—Tú nunca tienes nada.

—¡Eh, señorita!

—Estoy bromeando, venga. Escríbeme aquí título y autor.

Mallory lo hizo. Rebecca echó un vistazo.

—Akash Narayan, *Tres veces al amanecer*, de acuerdo.

—La editorial tenía uno de esos nombres absurdos del tipo El Grano y la Espiga, algo por el estilo.

—Me las apañaré. Ahora tengo que salir a buscarlo.

Recogió las carpetas, las metió en el bolso. Mientras se ponía el impermeable le recordó a Mallory lo que le pasaría sólo con que se atreviera a hablar a alguien de lo que había leído aquel día.

—Vale, vale.

—Volveré pronto y ya te explicaré. Eres grande, Doc.

Salió corriendo como si llevara un retraso de años. En cierto modo, lo llevaba.

Antes de cerrar, esa noche Doc Mallory fue a la es-

tantería donde estaban dos de las tres novelas de Jasper Gwyn (la primera nunca le había gustado). Las cogió, y durante un rato las sostuvo en sus manos. Dijo algo en voz baja, haciendo un leve gesto con la cabeza, tal vez una inclinación.

Rebecca encontró *Tres veces al amanecer* en una enorme librería de Charing Cross, y por primera vez pensó que aquellos odiosos supermercados del libro tal vez tuvieran un sentido. No se resistió a la tentación y empezó a hojearlo allí mismo, sentada en el suelo, en un rincón tranquilo donde estaban los libros de puericultura.

La editorial tenía, en efecto, un nombre de ésos. La Viña y el Arado. Horroroso, pensó. En la solapa de la portada estaba la nota biográfica de Akash Narayan. Decía que había nacido en Birmingham y que allí había fallecido a los noventa y dos años, tras haber pasado toda su vida enseñando música. No especificaba de qué clase. Luego decía que *Tres veces al amanecer* era su única obra, y que había sido publicada póstumamente. Nada más. Ni siquiera la sombra de una fotografía.

Tampoco la contraportada decía gran cosa. Revelaba que la historia se desarrollaba en una imprecisa ciudad inglesa, y que sucedía en un par de horas. Pero se trataba de dos horas muy paradójicas, añadía, con un tono decididamente enigmático.

Echando una mirada a la página de créditos descubrió que el libro había sido escrito en lengua hindi, y que sólo en un segundo momento había sido traducido al inglés. El nombre del traductor no le dijo nada. Pero en cambio

leyó con mucha satisfacción la dedicatoria, tan curiosa, que aparecía al principio del primer capítulo.

*A Catalina de Médicis y al maestro de Camden Town.*

—Bien dicho, Mr Gwyn, dijo en voz baja.

Luego se fue corriendo a casa, porque tenía que leer un librito.

65

A Emma la dejó a dormir en casa de la abuela, y a Robert le preguntó si podía irse al cine con algún amigo, porque ella necesitaba quedarse absolutamente sola en casa aquella noche. Tenía que ver con un trabajo difícil de verdad y le gustaría hacerlo sin nadie dando vueltas por casa. Lo dijo de buenas maneras, y él, como ya se ha dicho, tenía un carácter adorable. Tan sólo preguntó a qué hora podía volver a casa.

—¿No antes de la una?, aventuró Rebecca.

—Veamos, dijo él, que por su parte tenía pensada una velada con una media hora de televisión e irse temprano a la cama.

Luego, antes de salir la besó y sólo le preguntó:

—No tengo que preocuparme, ¿verdad?

—En absoluto, dijo Rebecca —aunque no estuviera segurísima de ello.

Al quedarse sola, se sentó a la mesa y empezó a leer.

Como era de prever, Doc no se había equivocado. *Tres veces al amanecer* estaba dividida en tres partes y la primera era muy parecida a uno de los retratos de Jasper Gwyn. También era verdad que resultaba más larga, pero

cuando se puso a comprobarlo, Rebecca vio que las cosas importantes estaban todas. Sin duda alguna los dos textos eran familiares muy cercanos.

Doc tampoco se había equivocado al decir que el libro era un buen libro. Las otras dos partes discurrían tan ligeras que Rebecca acabó por leerlas olvidándose durante largos intervalos de la verdadera razón por la que estaba haciéndolo. En su mayor parte se trataba de diálogos, y los protagonistas eran dos, siempre los mismos —pero de una forma que tenía algo de paradójico y sorprendente. Al final, a uno se le ocurría lamentar que el tal Akash Narayan hubiera perdido tanto tiempo enseñando música, cuando podía escribir cosas de ese calibre. Eso dando por sentado que existiera de verdad, obviamente.

Rebecca se levantó para hacerse un café. Miró la hora, vio que le quedaba todavía una buena parte de velada. Fue a buscar los retratos de Jasper Gwyn y los dejó sobre la mesa.

Bien, se dijo. Resumiendo. Rode no existe, es Jasper Gwyn quien escribe sus libros. Lo mismo vale para Akash Narayan. Y esto es lo que hay, pensó. Por qué incluyó mi retrato en el libro de Rode puedo imaginármelo: porque me amaba (esto lo pensó sonriendo). Ahora intentemos descubrir por qué demonios incluyó el otro retrato en *Tres veces al amanecer*. Y precisamente ese retrato, además. ¿Quién es ese capullo que se mereció un regalo tan hermoso como el mío?, se preguntó. Estaba empezando a divertirse.

El problema era que en los retratos que Jasper Gwyn le confió no había nada que estableciera con seguridad una correspondencia con los clientes que habían pagado para hacerse con ellos. Ni un nombre, ni una fecha, nada. Por otra parte, la técnica sencilla pero singular con que

eran realizados no hacía fácil reconocer a la persona que los había inspirado si no se tenía con ella una profunda familiaridad. En resumen, aquello tenía el aspecto de un trabajo prohibitivo.

Rebecca empezó a proceder por eliminación. Había leído una página del retrato de la joven, y con gran satisfacción podía decir que no era el suyo el que aparecía en *Tres veces al amanecer*. El retrato de Tom le parecía haberlo identificado, y si tenía dudas, Mallory se las había resuelto: por tanto, también ése podía eliminarse (lástima, pensó, era el único caso que no le habría molestado). Por tanto, quedaban nueve.

Cogió un papel y los escribió en una columna.

Mr Trawley.

La cuarentona con la fijación por la India (ay, pensó).

La ex azafata.

El chico que pintaba.

El actor.

Los dos que acababan de casarse.

El médico.

La mujer con sus cuatro poemas de Verlaine.

El sastre de la reina.

Fin.

Se levantó y fue a buscar los retratos. Apartó a un lado las carpetas con su retrato, el de Tom y el de la chica. Luego abrió las demás y las dispuso sobre la mesa.

Y ahora vamos a ver si soy capaz de entender algo.

Intentó formular hipótesis y varias veces movió las carpetas abiertas, sobre la mesa, intentando emparejarlas con los personajes de la lista. Era algo que a uno le hacía polvo el cerebro y por eso Rebecca sólo se dio cuenta al

cabo de un rato de un detalle en el que debería haber reparado antes y que la dejó pasmada. Los personajes eran nueve, pero los retratos eran diez.

Lo comprobó tres veces, pero no cabía duda.

Jasper Gwyn le había enviado un retrato más.

Imposible, pensó. Aquellos retratos los había concertado ella, uno a uno, había estado detrás de ellos desde el principio hasta el final, y era impensable que durante todo el tiempo que habían trabajado juntos Jasper Gwyn hubiera tenido la ocasión de hacer uno del que ella no supiera nada.

Ese retrato no debería existir.

Volvió a contar.

Nada, que eran diez.

¿De dónde había salido el décimo? ¿Y quién demonios era?

Lo comprendió de repente, con la velocidad fulminante con que se comprenden a veces, mucho tiempo después, cosas que han estado siempre delante de nuestros ojos, basta con que sepamos mirarlas.

Cogió en su mano el retrato acabado de *Tres veces al amanecer* y se puso a releerlo.

Cómo es posible que no lo haya pensado antes, se preguntó.

El vestíbulo del hotel, joder.

Siguió leyendo, con avidez, como succionada por las palabras.

Demonios, es exactamente él, idéntico, pensó.

Entonces levantó la mirada de aquellas líneas y se dio cuenta de que todos los retratos hechos por Jasper Gwyn permanecerían escondidos, como él había deseado, pero que dos iban a hacerlo de una forma singular, dando vueltas por el mundo cosidos secretamente a las páginas de dos

libros. Uno lo conocía muy bien, y se trataba del suyo. El otro acababa de reconocerlo y era el retrato que todo pintor tarde o temprano intenta hacer —el suyo propio. Desde lejos, le pareció, se miraban, un palmo por encima de todos los demás. Ahora sí, pensó —ahora es como nunca había dejado de imaginármelo.

Se levantó y buscó un acto que realizar. Algo sencillo. Empezó a reordenar los libros que estaban tirados un poco aquí y allá por toda la casa. Se limitaba a colocarlos uno encima de otro, pero en pequeñas pilas, del más grande al más pequeño. Mientras tanto, iba pensando en la tardía dulzura de Jasper Gwyn, dándole vueltas en su cabeza, con el placer de observarla desde todos los lados. Lo hacía a la luz de una extraña felicidad que nunca había sentido y que, a la vez, según le pareció, había llevado en su interior durante años, esperándola. Le pareció imposible haber sido capaz de hacer algo distinto, en todos esos años, que no fuera custodiarla y esconderla. De lo que somos capaces, pensó. Crecer, amar, tener hijos, envejecer —y todo esto mientras también estamos en otro lugar, en el largo tiempo de una respuesta no llegada, o de un gesto no terminado. Cuántos senderos, y a qué paso diferente los remontamos, en lo que parece un único viaje.

Cuando Robert regresó a casa, aceptablemente borracho, ella seguía despierta, pero estaba sentada en el sofá. Sobre la mesa, desparramadas, estaban todas aquellas carpetas.

—¿Qué tal, todo bien?, preguntó él.

—Sí.

—¿Segura?

—Sí, eso creo.

Más tarde, podría haber hecho muchas cosas, y sin dudarle una de ellas: descubrir dónde estaba escondido Jasper Gwyn. No habría sido difícil dar con él pasando por el editor de Rode, o por el de *Tres veces al amanecer*. Imaginémonos si, a cambio de su silencio, no habrían estado dispuestos a darle una dirección o algo.

De todas maneras, durante varios días vivió su vida normal, permitiéndose únicamente de vez en cuando algún pensamiento clandestino. De tanto en tanto se perdía imaginando la escena con ella llegando a algún absurdo lugar, y sentándose delante de una casa, para esperar. Se imaginaba que no regresaba nunca más. Varias veces escribió y reescribió en su mente una breve carta, que pensaba escrita a mano, con caligrafía elegante. Le habría gustado que él supiera que ella sabía, nada más que eso. Y que estaba encantada. A veces pensaba en Doc, y lo bonito que sería explicárselo todo. O lo bonito que sería explicárselo a quien fuera, y un montón de veces.

Mientras tanto, vivía la vida de todos los días.

Cuando sintió que era el momento, entre todas las cosas que habría podido hacer escogió una, la más pequeña —la última.

Llegó a Camden Town y tuvo que preguntar a unas cuantas personas antes de encontrar la tienda del viejecito de las bombillas. Lo encontró en un rincón, las manos quietas. No debían de irle demasiado bien las cosas.

—¿Permite? —preguntó, entrando.

El viejecito hizo un gesto de los suyos.

—Me llamo Rebecca. Hace unos años trabajaba con Jasper Gwyn, ¿se acuerda de él?

El viejecito pulsó un interruptor y la tienda se encendió con una luz suave y cansada.

—¿Gwyn?

—Sí, venía aquí a por las bombillas para su estudio. Se llevaba todas las veces dieciocho, siempre las mismas.

—Claro que me acuerdo de él, seré viejo, pero eso no significa que sea idiota.

—Yo no quería decir eso.

El viejecito se levantó y se acercó al mostrador.

—No ha vuelto a venir, dijo.

—No, ya no trabaja en la ciudad. Cerró el estudio. Se marchó.

—¿Adónde?

Rebecca titubeó un instante.

—No tengo la más remota idea, dijo.

El viejecito se rió con una bonita risa, menos vieja que él. Parecía contento de que Jasper Gwyn hubiera logrado hacer que se perdieran sus huellas.

—Perdóneme, dijo.

—¿Por qué?

—Es que siento debilidad por los que desaparecen.

—No se preocupe, yo también, dijo Rebecca.

Luego sacó un libro del bolso.

—Le he traído algo. He pensado que le gustaría.

—¿A mí?

—Sí, a usted.

Dejó sobre el mostrador *Tres veces al amanecer*. Era el ejemplar que ella había leído, no había conseguido encontrar otro.

—¿Qué es?, preguntó el viejecito.

—Es un libro.

—Ya lo veo. Pero ¿qué es?

—Un libro que escribió Jasper Gwyn.

El viejecito ni siquiera lo tocó.

—Dejé de leer hace seis años.

—¿De verdad?

—Demasiadas bombillas. Se me fue al carajo la vista. Prefiero ahorrar la que me queda para mi trabajo.

—Lo siento. En todo caso no es necesario que lea de verdad este libro, es suficiente con que lea una línea.

—¿Qué es esto, un juego?, preguntó el viejecito, un poco cabreado ya.

—No, no es nada de eso, dijo Rebecca.

Abrió el libro en la página inicial y se lo acercó al viejecito.

El viejecito no lo tocó. Lanzó una mirada de sospecha a Rebecca y luego se agachó hacia el libro. Tuvo que acercarse verdaderamente mucho, con la nariz casi pegada al papel.

Sólo había que leer el título y la dedicatoria. Tardó un rato. Luego levantó la vista.

—¿Qué significa esto?, preguntó.

—Nada. Es una dedicatoria. Jasper Gwyn le dedicó el libro, eso es todo. A usted y a esas bombillas, me parece entender.

El viejecito agachó de nuevo la cabeza de esa forma exagerada y lo releyó todo desde el principio. Le apetecía comprobarlo bien.

Se levantó y cogió el libro de las manos de Rebecca con un cuidado que generalmente tenía reservado sólo para las bombillas.

—¿Habla de mí?, preguntó.

—No, la verdad es que creo que no. Se lo dedicó a us-

ted porque lo admiraba. De eso estoy segura. Sentía una gran consideración hacia usted.

El viejecito tragó saliva. Sostuvo el libro, tocándolo con sus manos.

—Quédeselo, dijo Rebecca, es suyo.

—¿En serio?

—Claro.

Sonriendo, el viejecito bajó de nuevo la mirada hacia el libro y durante unos instantes estuvo observando la portada.

—Aquí no está el nombre de Jasper Gwyn, señaló.

—A Jasper Gwyn de vez en cuando le gusta escribir libros con un nombre falso.

—¿Por qué?

Rebecca se encogió de hombros.

—Es una larga historia. Digamos que le gusta hacerse ilocalizable.

—Desaparecer.

—Sí, desaparecer.

El viejecito asintió como si fuera perfectamente capaz de entenderlo.

—A mí me dijo que trabajaba como copista, dijo.

—No era completamente falso.

—¿Es decir?

—Cuando usted lo conoció copiaba a la gente. Realizaba retratos.

—¿Cuadros?

—No. *Escribía* retratos.

—¿Existe algo así?

—No. Bueno, empezó a existir cuando él empezó a hacerlo.

El viejecito se lo pensó un rato. Luego dijo que también las bombillas hechas a mano eran algo que no existía hasta que él empezó a hacerlas.

—Al principio todo el mundo me trataba de loco, añadió.

Luego le contó que la primera persona que creyó en él fue una condesa que quería para su saloncito una luz idéntica a la de la aurora.

—No fue nada fácil, recordó.

Se quedaron largo rato en silencio, luego Rebecca dijo que tenía que marcharse sin falta.

—Sí, claro, dijo el viejecito. Ya ha sido muy amable viniendo hasta aquí.

—Lo he hecho de buena gana, yo he estado a la luz de sus bombillas. Es una luz muy difícil de olvidar.

Tal vez al viejecito se le asomaran una especie de lágrimas a los ojos, pero resultaba imposible decirlo, porque los ojos de los viejos siempre lloran un poquito.

—Para mí sería un honor que aceptara un pequeño regalo, dijo.

Se acercó a una estantería, cogió una bombilla, fue a envolverla con una hoja de papel de seda y se la ofreció a Rebecca.

—Es una Catalina de Médicis, aclaró. Trátela con cuidado.

Rebecca la cogió con mucho cuidado y la metió en el bolso. Era como si le hubieran regalado un animalito. Vivo.

—Gracias, dijo. Es un regalo hermosísimo.

Se encaminó hacia la puerta y sólo un poco antes de abrirla oyó la voz del viejecito formulando una pregunta.

—¿Cómo lo hacía?

Se dio la vuelta.

—¿Cómo dice?

—¿Que cómo hacía Mr Gwyn eso de *escribir* retratos?

Rebecca había oído esa pregunta decenas de veces. Se echó a reír. Pero el viejecito permaneció serio.

—Vamos a ver, ¿qué demonios escribía en esos retratos?

Rebecca tenía una respuesta que había ensayado durante años para utilizarla, cada vez que le hacían esa pregunta, con el fin de zanjar la conversación. Estaba a punto de pronunciarla cuando notó esa luz mortecina y cansada a su alrededor. Entonces dijo algo distinto.

—Escribía historias, dijo.

—¿Historias?

—Sí. Escribía un retazo de una historia, una escena, como si fuera el fragmento de un libro.

El viejecito sacudió la cabeza.

—Las historias no son retratos.

—Jasper Gwyn pensaba que sí. Un día, estando sentados en un parque, me explicó que todos tenemos una determinada idea de nosotros mismos, tal vez apenas esbozada, confusa, pero al final nos vemos llevados a una determinada idea de nosotros mismos, y la verdad es que a menudo hacemos coincidir esa idea con un determinado personaje imaginario en el que nos reconocemos.

—¿Como por ejemplo?

Rebecca se lo pensó un poco.

—Por ejemplo el de alguien que quiere regresar a su casa pero ya no sabe encontrar el camino. O el de otro que ve las cosas siempre un instante antes que los demás. Cosas así. Es todo lo que logramos intuir de nosotros.

—Pero eso es idiota.

—No. Es impreciso.

El viejecito la miró fijamente. Se veía que le interesaba mucho entenderlo.

—Jasper Gwyn me enseñó que no somos personajes, somos historias, dijo Rebecca. Nos quedamos parados en la idea de ser un personaje empeñado en quién sabe qué aventura, aunque sea sencillísima, pero lo que tendríamos que

entender es que nosotros somos toda la historia, no sólo ese personaje. Somos el bosque por donde camina, el malo que lo incordia, el barullo que hay alrededor, toda la gente que pasa, el color de las cosas, los ruidos. ¿Lo comprende?

—No.

—Usted hace bombillas, ¿nunca ha tenido la ocasión de ver una luz en la que se ha sentido reconocido, que era exactamente usted?

El viejecito se acordó de un farolito encendido sobre la puerta de una cabaña, años atrás.

—Una vez, dijo.

—Pues entonces podrá comprenderlo. Una luz es solamente una pizca de una historia. Si existe una luz que es como usted, también habrá un ruido, una esquina en una calle, un hombre que camina, muchos hombres, o una mujer sola, cosas por el estilo. No se quede parado en la luz: piense en todo lo demás, piense en una historia. ¿Puede comprender que existe, en alguna parte, y que si la encontrara, ése sería su retrato?

El viejecito hizo un gesto de los suyos. Parecía un vago sí. Rebecca sonrió.

—Jasper Gwyn decía que todos somos una página de un libro, pero de un libro que nadie ha escrito nunca y que en vano buscamos en las estanterías de nuestra mente. Me dijo que lo que estaba intentando hacer era escribir ese libro para la gente que iba a verlo. Las páginas justas. Estaba seguro de poder conseguirlo.

Los ojitos del viejecito sonrieron.

—¿Y lo conseguía?

—Sí.

—¿Y cómo lo hacía?

—Los miraba. Durante mucho tiempo. Hasta que veía en ellos la historia que eran.

—Los miraba y ya está.

—Sí. Hablaba con ellos un poco, pero poco, y una única vez. Más que otra cosa, dejaba que el tiempo pasara por ellos llevándose consigo un montón de cosas, luego encontraba la historia.

—¿Historias de qué tipo?

—Había de todo. Una mujer que intentaba salvar a su hijo de una condena a muerte. Cinco astrónomos que sólo viven de noche. Cosas así. Pero tan sólo un fragmento, una escena. Eso bastaba.

—Y la gente al final se reconocía.

—Se reconocían en las cosas que ocurrían, en los objetos, en los colores, en el tono, en determinada lentitud, en la luz, y también en los personajes, claro, pero en todos, no en uno solo, en todos, simultáneamente, ¿sabe?, somos un montón de cosas, y todas ellas juntas.

El viejecito se rió con ganas, pero de una forma hermosa, amable.

—Resulta difícil de creer, dijo.

—Lo sé. Pero le aseguro que era así.

Dudó un instante. Luego añadió algo que le pareció comprender justo en ese instante.

—Cuando me hizo a mí el retrato, yo lo leí, al final, y había un paisaje, en cierto momento, cuatro líneas de un paisaje, y yo soy ese paisaje, créame: yo soy toda esa historia, soy el sonido de esa historia, el ritmo y la atmósfera, y cada personaje de esa historia, pero con una exactitud desconcertante soy incluso ese paisaje, siempre lo he sido, y lo seré por siempre.

El viejecito le sonrió.

—Estoy seguro de que era un paisaje bellissimo.

—Lo era, dijo Rebecca.

Fue el viejecito, al final, quien se aproximó a ella, para

despedirse. Rebecca le estrechó la mano y se dio cuenta de que lo hacía con precaución, como años atrás solía hacer con Jasper Gwyn.

Recientemente se ha publicado otro libro de Klarisa Rode, inacabado. Parece que la muerte la sorprendió cuando tenía aún que escribir, según los planes contenidos en sus apuntes, al menos la otra mitad. Es un texto curioso porque, contra toda lógica, la parte que falta es la del principio. Hay dos capítulos de cuatro, pero se trata de los finales. Por tanto, para el lector se trata de una experiencia para la que existen razones que permiten calificarla de singular, y que pese a todo sería incorrecto considerar absurda. De la misma manera conoce uno a sus padres, por otra parte, y tal vez a sí mismo.

El protagonista del libro es un meteorólogo aficionado convencido de poder pronosticar el tiempo a partir de un método completamente suyo, estadístico. Se intuye que en la primera parte del libro, la inexistente, se daría razón de los orígenes de esta fijación suya, pero éstos no parecen al cabo tan importantes cuando se aborda la parte que Rode escribió efectivamente, y en la que se reconstruyen las investigaciones, realizadas por el protagonista durante años: el objetivo que se había marcado era establecer el tiempo que había hecho, cada día, en Dinamarca, en los últimos sesenta y cuatro años. Para alcanzarlo, había tenido que reunir una impresionante montaña de datos. Con testarudez y paciencia, no obstante, lo había resuelto. En la parte final del libro se refiere que, a partir de las estadísticas recopiladas, el meteorólogo aficionado podía es-

tablecer, por ejemplo, que el 3 de marzo, en Dinamarca, las probabilidades de sol eran del seis por ciento. Las de lluvia el 26 de julio, prácticamente nulas.

Para recopilar los datos que necesitaba, el meteorólogo aficionado utilizaba un método que es en definitiva una de las razones del encanto del libro: preguntaba a la gente. Había llegado a la conclusión de que cada ser humano recuerda perfectamente una media de por lo menos ocho días de su vida. Él iba por ahí y preguntaba. Puesto que cada uno de ellos relacionaba el recuerdo del tiempo atmosférico con un momento particular de su vida (la boda, la muerte del padre, el primer día de guerra), Klarisa Rode acaba construyendo una impresionante galería de personajes, magistralmente dibujados en pocas pero significativas pinceladas. *Un fascinante mosaico de vida real y perdida*, como la ha definido un prestigioso crítico americano.

El libro termina con un pueblecito perdido, donde el meteorólogo aficionado se ha retirado, satisfecho con los resultados obtenidos y sólo parcialmente decepcionado por el escaso eco que había obtenido su publicación entre la comunidad científica. A pocas páginas del final muere, en una jornada de viento frío, tras una noche de estrellas.

Jasper Gwyn es un escritor. Vive en Londres y, verosímilmente, es un hombre que ama la vida. De repente, tiene ganas de parar. Tal vez de parar de escribir, aunque la suya no es la crisis que aflige a los escritores sin inspiración. Jasper Gwyn parece querer cambiar de perspectiva, llegar hasta el meollo de cierta magia.

Le sirve de apoyo, de cómplice, de asistente, una muchacha que va recogiendo, con rabiosa devoción, lo que progresivamente va siendo el misterio de Mr Gwyn.

Alessandro Baricco entra en las simetrías secretas de este misterio con el paso seguro y resuelto de quien conoce y ama los senderos que recorre. Mueve dos formidables personajes que hacia la mitad de la novela se pasan el testigo, y si a Mr Gwyn le toca barajar las cartas del misterio, la muchacha tiene la tarea de recomponer la secuencia para llegar a una audaz y luminosa evidencia.

«Antes de leer la novela, sabiendo que narraba la historia de un escritor que decidía no seguir escribiendo, estábamos preocupados, pero de inmediato nos tranquilizamos pensando que si Baricco explicaba esa historia era para alejar de sí la posibilidad de caer en la misma tentación: anticipándose a ella, la desarmaba. Leyéndola, nos hemos dado cuenta de que no nos habíamos equivocado. Ahora, más tranquilos, sabemos que Baricco seguirá escribiendo nuevas novelas y nosotros leyéndolas» (Angelo Guglielmi, *La Stampa*).

«Hay una sutil revolución en el instinto narrativo de Alessandro Baricco que se verifica en su nueva novela y que se fundamenta en algo implícito: cada uno puede elegir su propia existencia. El atrevimiento de Baricco es haber escrito un libro sobre la posibilidad de desaparecer con el objetivo de reencontrarse» (Marco Missiroli, *Corriere della Sera*).

«Lo que al principio parece el trillado cliché del personaje en busca de autor (un escritor en la cima del éxito que decide desaparecer de la escena pública, un agente literario seguro de convencerlo de que regrese) se convierte poco a poco, casi de forma solapada, en un *thriller* poético. Con un ritmo relajado que se mantiene durante cerca de dos tercios y que de repente se acelera. En fin, que la historia apasiona, a uno le gustaría pasar páginas para ver qué ocurre. El ritmo de la narración está meticulosamente controlado por su artífice, maestro de los detalles y de las elipsis. No sobra ni una palabra» (*Panorama*).

«Reflexión sobre el poder de la escritura, sobre el idioma del silencio y de la desnudez (afrontada sin sombra alguna de morbosidad fácil), sobre lo imprevisible de las relaciones. Esperemos que Baricco no se sume al punto 52 de la lista que cierto colega suyo publicó en el *Guardian*» (Pierluigi Vito, *La compagnia del libro*).

«Un himno a la escritura como vocación contrapuesta a la escritura como profesión, para reafirmar que su centro de atención no deben ser las listas de ventas, sino el lector, todos y cada uno de los lectores, cada uno con su maravilloso mundo para ser representado, porque "no somos personajes, sino historias"» (Sergio Palumbo).

